



Pablo Artaza Barrios, *Los sinuosos caminos de la politización popular en el norte salitrero. Historia social tarapaqueña, 1900-1925*. Santiago de Chile, RIL editores, 2023, 324 pp. ISBN 978-956-01-1535-5.

Tomás Ulloa Álvarez\*

La región tarapaqueña es uno de los territorios con más obras fundamentales en la historiografía social chilena; textos que, por sus hallazgos, han resuelto incógnitas disciplinares ligadas al entendimiento de la política, la cultura y los quehaceres de la sociedad popular. En esta línea, y para revitalizar el paradigma de la politización pampina, el historiador Pablo Artaza nos entrega un libro con una versión actualizada de sus escritos más importantes, a la par de su estudio más reciente. Empleando un recurso vanguardista en los lineamientos de la historia social, dicho autor se propone analizar los procesos constituyentes de la politización popular mediante las acciones cotidianas de resistencia, aproximándose a estas bajo la noción de producción social del espacio.

En este marco, los fundamentos de la geografía crítica de Henry Lefebvre<sup>1</sup> y David Harvey<sup>2</sup> constituyen el eje central del *corpus* teórico. A grandes rasgos, la generación de saber emanada desde los intereses económicos tiende a levantar estructuras de poder que decantan en un ordenamiento social afín a la explotación productiva de un territorio, aspecto que, a su vez, rivaliza con los conocimientos geoespaciales eminentemente comunitarios. Debido a ello, el

---

\* Núcleo de Historia Social Popular-Universidad de Chile. Correo electrónico: [tomasignacio.ulloa@gmail.com](mailto:tomasignacio.ulloa@gmail.com), ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9694-5513>.

<sup>1</sup> Henri Lefebvre, *La producción del espacio* (Madrid: Capitán Swing, 2013).

<sup>2</sup> David Harvey, *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica* (Madrid: Akal, 2007).

lugar en cuestión se vuelve un escenario dialéctico donde se contraponen las fuerzas del capital, por un lado, y la producción y entendimiento social del espacio por otro.

En lo que a Tarapacá respecta, el autor es enfático al señalar que dicha perspectiva traza un nuevo camino hacia el análisis del mundo popular, ya que la pampa salitrera fue un “escenario en que se desarrollaron diversas relaciones sociales y procesos de control social que generaron también formas igualmente diversas de resistencia”<sup>3</sup>. Puntualmente, Artaza alude a la valiosa necesidad de cotejar las expresiones más formales, organizadas e ideologizadas de la experiencia popular, con aquellas en que los grupos humanos –a partir de sus actividades cotidianas– van significando y resignificando el lugar en que habitan y circulan. Junto a ello, y aspirando a subsanar una de las mayores falencias que se le atribuye a la historia social, el autor menciona que la acción colectiva no se verá restringida a sus manifestaciones más visibles, puesto que se ahondará también en sus prácticas habituales y cotidianas que, al ser políticamente más informales, devienen en recurrentes y desconocidas.

En respuesta a lo anterior, Artaza propone el concepto de “rigidización” para dar cuenta del fenómeno discursivo e ideológico que experimentó la sociedad y el espacio tarapaqueño en su tránsito desde el movimiento popular al movimiento obrero. Con todo, no se pretende aludir a una transformación absoluta, “como si hacia el período final de esta etapa no existieran actores populares y la única identidad presente pudiera quedar reflejada bajo el parámetro comprensivo de lo obrero”<sup>4</sup>, más bien, se intenta caracterizar la pretensión hegemónica de aquellos actores que, apostados en el seno del movimiento, articularon las posiciones predominantes de la politización popular sobre una base de representación obrera. Los mismos que hacia la década de 1920 adquirieron mayor capacidad de apelación e intermediación en el sistema político y social.

Es por esto por lo que, a modo de hipótesis, se sostiene que la nueva etapa de politización experimentada en la zona –iniciada con la Mancomunal de Obreros de Iquique en 1901 e intensificada con la fundación del Partido Obrero Socialista (POS) en 1912– es justamente lo que precipita la “rigidización”, ya que esta viene a profundizar tendencias organizativas que, si bien se hallaban presentes, no lograban consolidarse aún en el horizonte regional y nacional. Ello, porque la nueva estrategia electoral del POS necesitaba alcanzar la conducción efectiva de los sectores populares, teniendo que alinear tras de sí el complejo enjambre asociativo en que se articulaban dichos sujetos. Pese a la creciente capacidad de intermediación lograda por los socialistas, y la paulatina aceptación del sistema político hacia ellos, la ya mencionada “rigidización” provocó tensiones, desacoplamientos e incluso contradicciones entre la

---

<sup>3</sup> Pablo Artaza, *Los sinuosos caminos de la politización popular en el norte salitrero. Historia social tarapaqueña, 1900-1925* (Santiago de Chile: RIL editores, 2023), 29.

<sup>4</sup> Artaza, *Los sinuosos caminos de la politización popular...*, 31.

experiencia popular y las pautas, directrices y parámetros erigidos por las organizaciones que representaban a dicha base social.

Lo anterior se encuentra sólidamente respaldado en una exhaustiva discusión bibliográfica que va desde los clásicos como Julio Cesar Jobet y Floreal Recabarren, hasta Julio Pinto, Verónica Valdivia, Sergio Grez y, más recientemente, Jorge Navarro y Camilo Santibáñez. Por otra parte, Artaza ejecuta un riguroso examen documental de 23 periódicos –oligárquicos, conservadores, partidistas y populares– y ocho fuentes documentales, en las que se destacan fondos del Archivo Regional de Tarapacá, Archivo Histórico Nacional, Archivo Nacional de la Administración y la Circular Trimestral de la Asociación de Productores de Salitre de Chile.

En función de lo señalado en los párrafos anteriores, el libro se divide en siete capítulos. Los cinco primeros estudian cronológicamente el fenómeno de la resistencia y la politización popular entre el año 1900 y la década de 1920. En cambio, los dos restantes poseen una temporalidad propia, dado que examinan conjuntamente la producción social del espacio salitrero mediante el tránsito y circulación de sujetos, mercancías y organizaciones políticas.

El primer y segundo capítulo abordan el nexo entre lo social y lo político al interior de la Mancomunal de Obreros de Iquique durante el período 1900-1909. En un esfuerzo por reevaluar una materia cuantiosamente indagada, el autor –motivado por la necesidad de potenciar los conocimientos pertinentes a las dinámicas alternativas de politización popular– focaliza su lente en el vínculo que dicha organización tejió con el movimiento social tarapaqueño, a la par de sus anhelos federativos suprarregionales que fueron vehiculizados mediante la primera Convención Nacional de Mancomunales.

Fiel a su línea argumentativa, y basado en un amplísimo consenso historiográfico –desde Ramírez Necochea a James Morris–, Artaza pondera la situación crítica de Tarapacá como un efecto *in situ* del déficit económico de principios de siglo, las falencias estructurales del parlamentarismo y el golpe inminente de la cuestión social. A raíz de ello, se entretejió un movimiento social que en tanto se constituía a sí mismo, levantaba mecanismos de representación cada vez más complejos y políticamente más radicales, siendo la Mancomunal iquiqueña el fruto de una embrionaria identidad de clase que, ya en 1901, veía como insuficiente el rango de acción mutualista.

A través de la fundación del Partido Obrero Mancomunal como vector del “socialismo parlamentario”, los adherentes de la causa abogaron por una táctica de politización popular que transformase “en exigencia el deber de reflejar constantemente a su base gremial”, ya que ahí residía “la potencia del trabajo”<sup>5</sup>. Consecuentemente, la entidad iquiqueña no buscó subordinar la base social a los intereses partidarios; más bien, este actuaba como “canal de expresión política del movimiento social que no solamente le servía de base, sino que le da sentido a su

---

<sup>5</sup> *Ibíd*em, 63.

propia existencia como partido”<sup>6</sup>, cuestión que dejó plasmada en numerosas declaraciones hechas en el periódico *El Trabajo*, fuente que es analizada en detalle a lo largo del manuscrito.

Dentro de este orden, la ruta política esbozada por la Mancomunal aspiró a la articulación nacional de sus homólogas, a fin de encauzar tras de sí al amplio espectro del movimiento obrero. Dicho objetivo logró ser materializado en mayo de 1904, cuando representantes de distintas latitudes arribaron a Santiago para la Primera Convención Nacional de Mancomunales.

Amparado en múltiples fuentes primarias, Artaza da cuenta de los hechos que allí tuvieron lugar, yendo desde el conflicto con los ácratas –y su repercusión en las bases regionales– debido a la naturaleza peticionista de la Convención, hasta un valiosísimo memorial obrero de 12 puntos que, entre otras cosas, unificaba las demandas del movimiento a escala nacional y exigía, además, un mejoramiento de las condiciones laborales en su más amplio sentido y un nuevo rol y funcionamiento del Estado.

Aunque no existió segunda congregación, la experiencia allí recogida fue muy importante para el ulterior horizonte clasista, ya que, años después, la Federación Obrera de Chile elaboraría sus estatutos en vista al memorial de 1904. Junto a ello, la instancia fue la primera de su tipo en el país, lo que vislumbró una temprana madurez política del movimiento.

Inclinándose por el ámbito biográfico, el tercer capítulo nos deleita con la vida y obra del comerciante Pedro Regalado Núñez entre los años 1904 y 1910. Aquí, la pluma del autor no sólo pone de manifiesto su versatilidad, sino también, la capacidad autocrítica del mismo al señalar que la historia social, normalmente, se ha decantado por temáticas como la proletarización, el estudio de las huelgas obreras y los procesos de politización, corriendo el riesgo –no intencionado– de simplificar “una realidad –como todas– altamente compleja, situación ampliada en este caso específico por la mayor intervención de componentes sociales, étnicos y, en general, culturales involucrados en la construcción de la sociedad tarapaqueña”. Para compensarlo mínimamente, Artaza se inmiscuye en las vivencias de Pedro con el objetivo de acercarse a los sujetos que, sin ser obreros, “se vieron decididamente involucrados en la conflictiva existencia popular bajo el ciclo del salitre”<sup>7</sup>.

En efecto, nacido en Valparaíso durante la segunda mitad del siglo XIX, El “ronco” Núñez – apodo con el que se le conoció en el ambiente pampino– arribó a la tierra del salitre en 1904 para desempeñar el rol de comerciante. Desde su llegada al lugar experimentó reiterados conflictos con las pretensiones avasalladoras de las oficinas, en especial con la compañía Agua Santa, entidad con la que rivalizó hasta el día de su muerte en 1910.

Mediante el análisis del expediente judicial del “ronco”, Artaza devela cómo la compañía en cuestión se esmeró en culpabilizarlo legalmente, y de forma reiterada, de actos que nunca

---

<sup>6</sup> Ibidem, 67.

<sup>7</sup> Ibídem, 100.

podieron comprobar. Aquello, generó un odio exuberante de Pedro hacia la empresa y sus administradores, llevándolo no sólo a solidarizar con la causa obrera del momento, sino también, a ser un fiel promotor de esta en instancias como la huelga grande de Tarapacá y la huelga en contra del sistema de libretas al interior de la oficina Primitiva.

En este marco, el autor sugiere que lo anterior se debió a las acciones de control y disciplina ejercidas por los dueños del nitrato. El monopolio sobre el comercio al interior de las oficinas, el dominio geoespacial del territorio y la situación de profunda explotación decantaron en “una experiencia compartida de opresión por parte de obreros y del pequeño comercio independiente”<sup>8</sup>, lo que consecuentemente dio vida a un tejido popular que se perpetuó “gracias a la vigencia de una relación social basada en lógicas de mutua dependencia y colaboración entre trabajadores del salitre y pequeño comercio”<sup>9</sup>.

El cuarto capítulo rompe con los preceptos de solidaridad y clase para evidenciar las contradicciones internas de la sociedad popular. Titulado “Del internacionalismo clasista a la xenofobia nacionalista: participación popular en las Ligas Patrióticas de Tarapacá en 1911”, la otrora cuna del movimiento obrero nos es exhibida desde su flanco más polémico, pues, en aquellos años donde las membranas combativas se regeneraban del traumático episodio de 1907, tuvo lugar un acto de xenofobia generalizada que rompió –momentáneamente– con la tradición internacionalista del espacio salitrero.

Fundamentado en la tesis de Verónica Valdivia<sup>10</sup>, quien plantea la existencia concomitante de una identidad clasista y otra tendiente al nacionalismo popular, el autor subraya que dichos actos no pueden ser analizados desde la mera cooptación, puesto que, de lo contrario, “se buscaría la respuesta al cambio en el comportamiento de un número importante de trabajadores chilenos, no en ellos mismos, sino en otros actores, ya sea sociales, político o institucionales”<sup>11</sup>.

Bajo este prisma, los ataques a la embajada del Perú y a los locales e imprentas pertenecientes a sujetos de esta nacionalidad, son hábilmente interpretados como una alianza interclasista que vinculó al proletariado chileno con la élite social tarapaqueña. Los llamados a “desperuanizar” el territorio pregonado por la Liga Patriótica, en conjunto con los periódicos nacionalistas y conservadores, hicieron eco en las filas de la sociedad popular debido a la supuesta “falta de trabajo” generada por la contratación, casi exclusiva, de trabajadores peruanos. Aunque ficticia –el autor reproduce las estadísticas de los componentes nacionales al interior de las oficinas–, la proclama tuvo el ímpetu necesario para que el trabajador chileno temiese por su subsistencia,

---

<sup>8</sup> *Ibíd.*, 130.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, 131.

<sup>10</sup> Verónica Valdivia, «Por los fueros de la patria: ¿Qué patria? Los trabajadores pampinos en la época del centenario», *Si Somos Americanos* 5, n.º 4 (2003): 203-267. También se basa en el artículo: Julio Pinto, Verónica Valdivia y Pablo Artaza, «Patria y clase en los albores de la identidad pampina», *Historia* 36 (2003): 275-332.

<sup>11</sup> Artaza, *Los sinuosos caminos de la politización popular...*, 163.

pues, la identidad pampina –siguiendo a Sergio González<sup>12</sup>– se construyó sobre la base de la inestabilidad laboral y las crisis económicas. Por ende, el antaño compañero de lucha se transformó en “competencia en un mercado laboral que les resultaba altamente desfavorable”<sup>13</sup>.

El capítulo número cinco aborda la cuestión del paternalismo industrial en la zona calichera mediante el caso del Departamento de Bienestar Social. En este sentido, la década de 1920 constituye una periodicidad altamente conflictiva para el Estado y los dueños del nitrato, dado que la invención del salitre sintético desplazó del mercado al mineral chileno. La inminente crisis social, política y económica que de allí se desprendió obligó al entonces ministro del interior, Pedro Aguirre Cerda, a elaborar un plan de acción en conjunto con los representantes de las entidades salitreras, a fin de subsanar el malestar humano que azolaba Tarapacá. Esto, con dos intenciones: primero, mejorar las condiciones materiales de los trabajadores y sus familias para enraizar, cautelosamente, la vigilancia y disciplina en el seno de la familia obrera en tanto se restaba campo de acción a los agitadores; y segundo, proteger los intereses financieros de un rubro que constituía la columna vertebral de los ingresos fiscales.

Teniendo en consideración los postulados de historiadores/as como Hernán Venegas, Milton Godoy y Ángela Vergara, Artaza logra establecer las particularidades del caso nortino. Al respecto, los hogares del proletariado minero efectivamente recibieron mejoras, las estructuras de calamina –citando a Torreblanca– “van siendo totalmente reemplazados por construcciones de material”<sup>14</sup>. A su vez, los espacios de entretención fueron potenciados con el objetivo de evitar la concurrencia a cantinas y burdeles aledaños, ya que, en palabras del director del Departamento, el propietario de este tipo de negocios “es un predicador envenenado contra el trabajo y el orden”<sup>15</sup>. No obstante, la mayor diferencia con la minería cuprífera y carbonífera se dio en torno al control y selección de la mano de obra. Gracias al análisis de las Actas del Directorio en el Fondo Salitre del Archivo Histórico Nacional, el autor ratifica convincentemente que dicha medida cumplió con el objetivo de evitar un excedente de trabajadores en una zona socialmente conflictiva, a la par de “poder filtrar y controlar el contingente de trabajadores que se reincorporaba a las labores del salitre”<sup>16</sup>.

Por último, la investigación más reciente de Artaza se encuentra en los capítulos seis y siete. A través del uso de categorías como “tránsito” y “circulación” para evidenciar la “interconexión en el espacio salitrero”, se ilustra un Tarapacá sumamente dialéctico y convulsionado; poseedor

---

<sup>12</sup> Sergio González, *Hombres y mujeres de la Pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre* (Santiago: LOM, 2002).

<sup>13</sup> Artaza, *Los sinuosos caminos de la politización popular...*, 170-171.

<sup>14</sup> R. Torreblanca, *Por las tierras del oro blanco* (Santiago: Editorial Iris, 1928), 49. En: Artaza, *Los sinuosos caminos de la politización popular...*, 199.

<sup>15</sup> Artaza, *Los sinuosos caminos de la politización popular...*, 202.

<sup>16</sup> *Ibidem*, 210-211.

de un tejido social-popular que, enemistado con las lógicas de enclave, se escabulló por caminos y parajes que excedieron el control del Estado, los empresarios y las delimitaciones geopolíticas.

Bajo esta óptica, el autor desarrolla una extensa discusión bibliográfica que termina descartando la noción de *Company Town* aplicada al espacio salitrero. Dicha hipótesis –fruto del marxismo clásico– emanó como guía explicativa de una supuesta fragmentación espacial gatillada por la industria del nitrato. No obstante, lejos de ser falaz, aquel imaginario tiene su origen en los trabajadores que, ambicionando su propia construcción como actores sociales, apelaron a “caracterizar su propia condición de explotación y aislamiento para la generación de una identidad colectiva”<sup>17</sup>.

En este orden, el POS insistiría sobre esta línea –de notoria “rigidización”– para vectorizar su estrategia política de cambio social, puesto que en la lógica discursiva de los socialistas “la explotación era más claramente descrita si ella se asociaba a elementos que resultaran de fácil comprensión”, siendo lo feudal el recurso predilecto, aunque “de paso maximizaba la imagen de aislamiento y fragmentación”<sup>18</sup>. Ahora bien, el cuestionamiento del autor no busca relativizar las paupérrimas condiciones humanas que otros historiadores —incluyendo al mismo Artaza— han puesto sobre la palestra. Por el contrario, esta nueva senda matiza lo expuesto, arguyendo una comprensión equivocada –espacio fragmentado– de las “formas reales de existencia en la pampa salitrera”<sup>19</sup>.

Visto desde este ángulo, el enjambre asociativo del norte grande desenmarañó las pretensiones monopólicas de los pulperos y administradores sobre el mercadeo al interior de las oficinas. Como resultado, las formas primarias de control social –basándose en Darío Melossi<sup>20</sup> y Pedro Olmo<sup>21</sup>– que perseguían “la radicación de la mano de obra junto a cada una de las unidades de explotación”, utilizando como brazo derecho “el monopolio comercial y el sistema de fichas”<sup>22</sup>, fueron eludidas por medio del contrabando, la violación de leyes de control, los mítines, las huelgas y los movimientos sociales.

Desde este punto, el espacio social tarapaqueño no fue producido únicamente por la actividad extractiva del salitre y la minería metálica, sino también, “por un activo comercio local y transfronterizo, que funcionaba como abastecedor de los pueblos y oficinas salitreras de la pampa, donde confluyeron el comercio regular y el contrabando”<sup>23</sup>. Así, la identidad pampina

---

<sup>17</sup> *Ibíd.*, 224.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, 225.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, 227.

<sup>20</sup> Darío Melossi, «Las estrategias del control social en el capitalismo», *Papers. Revista de Sociología* 13 (1980): 165-196.

<sup>21</sup> Pedro Olmo, «El concepto de control social en la historia social: estructuración del orden y respuestas al desorden», *Historia Social* 51 (2005): 73-91.

<sup>22</sup> Artaza, *Los sinuosos caminos de la politización popular...*, 257.

<sup>23</sup> *Ibíd.*, 260.

fue altamente móvil, heterogénea e integrada, logrando echar raíces –no sin conflictos– al interior de los mismos cantones que, paralelamente, constituyeron el génesis de la politización popular.

En términos ideológicos, uno de los pilares constitutivos del POS fue, justamente, la defensa de la monetización salarial y de la libre circulación del comercio ambulante. Por consiguiente, la triangulación entre un Estado con poca capacidad de inspección, un ejercicio patronal que omitía las sugerencias gubernamentales y una resistencia popular que hacia 1915-1917 se alineaba con socialistas y libertarios, decantó en una amplia amalgama de respuestas político-populares que transformaron en “peticiones, exigencias y programas políticos” las demandas sociales “formuladas por los diversos movimientos de resistencia que desde antiguo emanaban desde las actividades de la vida cotidiana en la pampa”<sup>24</sup>.

En síntesis, estamos ante una obra estructurada, portadora de un minucioso barrido bibliográfico que excede la historiografía social, pues, gran parte del establecimiento de parámetros y discusiones se ejecutó en vista a los postulados de la historia política, económica, del trabajo, entre otras. Al mismo tiempo, la multiplicidad de enfoques desarrollados por Artaza –desde lo biográfico y estructural hasta las resistencias cotidianas– no hace más que confirmar la extensa trayectoria del autor en los pasajes y recovecos de la pampa salitrera. A nuestro juicio, el manuscrito yergue una idea clave no sólo para futuras investigaciones orientadas al espacio tarapaqueño, sino también, para cualquier territorio de frontera donde las pretensiones del empresariado tuvieron amplio margen de acción debido a la ausencia estatal: por más tenaz que hayan sido los métodos de control y disciplina, la sociedad popular siempre logró rehuir de ello; ya sea a través de históricos lugares de circulación transfronteriza, mediante el ingenio y el pillaje –robos y falsificaciones de fichas– o gracias a movimientos y partidos políticos que sintetizaron las demandas populares –no sin “rigidización”. Esta porosa delimitación entre trabajo, cotidianidad y formación de sujetos politizados fue la que estructuró un andamiaje de resistencias y respuestas –militantes o no– contra el despotismo empresarial.

---

<sup>24</sup> *Ibíd.*, 296.